

Me besa más tiernamente todavía y yo le grito: — ¡Oh! no digas eso, ¡mamá querida, alma mía!

Beso sus mejillas y de mis ojos brota un torrente de lágrimas en un delirio de amor.

Cuando después de una escena semejante, voy á acostarme y me arrodillo ante una sagrada imagen, envuelto en mi batita forrada, ¡qué extraño sentimiento noto al decir: — «Dios mío, vela por mi papá y por mi mamá!» Mientras rezo las oraciones que mis labios infantiles han aprendido de los de mi mamá, mi amor por ella y mi amor por Dios se funden en un solo sentimiento.

Después de las oraciones me envuelvo en mis mantas con el alma en paz y el corazón ligero. Muchas imágenes se confunden en mi cabeza: ¿qué representan? Son indescriptibles, pero llenas de amor y de luminosas esperanzas de felicidad. Pienso en Carlos Ivanovitch y en su triste suerte. Es el único hombre infeliz que conozco y me inspira una gran lástima: me siento embargado por él de tal ternura, que las lágrimas me saltan de los ojos y repito entre mí: — «¡Que Dios le conceda la felicidad! ¡Que me conceda á mí el poder asistirle aliviando su dolor! Me encuentro dispuesto á sacrificarlo todo por él.»

Pienso después en mi juguete predilecto, una pequeña liebre y un perrito de porcelana que pongo bajo la cabecera de mi cama y me siento contento de que esté allí debajo bien calentito.

Murmuro una corta oración en que pido á Dios que todos estén contentos y sean felices y que al día siguiente haga buen tiempo para poder dar un paseo: me vuelvo después sobre el otro costado y mis ideas se confunden, quedándome dormido dulce y tranquilamente con la cara bañada aún en lágrimas.

¿Cuándo encontrarás de nuevo la frescura, la confianza, la necesidad de afecto y la fe profunda de tu infancia? ¿Qué tiempo mejor que aquel en que la inocente alegría

y la insaciable sed de amor, las dos primeras entre todas las virtudes, eran las fuentes de tu vida?

¿Dónde están aquellas plegarias ardientes, dónde aquellas preciosas lágrimas de ternura? Corría hacia ti el ángel del consuelo, enjugaba con una sonrisa tus lágrimas é infundía dulces sueños en tu inocente imaginación.

La vida ha pisoteado tan duramente mi corazón, que no debo conocer ya aquellas lágrimas y aquellas emociones; sólo me quedan mis recuerdos.

CAPITULO XII

Mis versos

Al cabo de un mes poco más ó menos de nuestra llegada á Moscou, me encontraba sentado á una gran mesa en el segundo piso de la casa de la abuela y escribía. Frente á mí, el maestro de dibujo acababa de corregir al difumino una cabeza de turco con un gran turbante; Volodia, en pie detrás del maestro, estiraba la cabeza por encima de su hombro y miraba. Era el primer dibujo que hacía Volodia al difumino y tenía que dedicarlo á la abuela en el día de su santo, que era precisamente aquel día.

— ¿No pone V. todavía un poco más de sombra ahí? — preguntó Volodia poniéndose de puntillas é indicando el cuello del turco.

— No, no es necesario — respondió el maestro encerrando

los lápices en un estuche de madera.—Así va bien, no lo retoque usted más. Y usted, Nicolasito,—continuó, levantándose y mirando al turco de soslayo,—¿nos dirá usted al fin su secreto? ¿qué le ofrece usted á su abuela? Mejor habría hecho usted en dibujar también una cabeza. Buenas noches.

Cogió su sombrero y salió.

En aquel momento yo también pensé que una cabeza habría tenido más valor que aquello que me jactaba de hacer. Cuando nos avisaron que estaban cerca los días de la abuela y que era preciso que comenzáramos á preparar nuestros regalos, se me ocurrió la idea de dedicarle unos versos. Inmediatamente encontré dos que rimaban y creí que los demás surgirían también con la misma facilidad. No puedo acordarme de cómo se me vino á las mientes una idea tan extravagante para un niño, pero recuerdo perfectamente que me entusiasmó y que á todas las preguntas que me dirigieron contesté que haría un regalo á la abuela, pero que no quería revelar en qué consistía.

Contra mis previsiones, me fué imposible encontrar otros versos, por más que me devanaba el cerebro y no pasaba de los dos primeros que había compuesto en un momento de inspiración. Me puso á leer unas poesías en nuestro libro de lectura, pero ni Dmitrief ni Derjavine me fueron de utilidad alguna, antes por el contrario, en la comparación sentía más vivamente aún mi incapacidad. Sabía que Carlos Ivanovitch hacía versos en algunas ocasiones, y un día que había ido á escondidas á revolver sus papeles, encontré entre unas poesías alemanas una estrofa rusa que me pareció que era suya. Héla aquí:

A la señora L. en Petrovskoë.—3 de Junio 1828.

Acuérdese de mí cuando esté cerca—Acuérdese igualmente estando lejos—Acuérdese de mí en todas ocasiones

—Y aun en el sepulcro acuérdesese—De cuán fiel y ardientemente supe amarla.

Carlos Mayer.

Estos versos estaban escritos con una hermosa letra sobre un pliego de papel de cartas. Me gustaron muchísimo porque me parecieron llenos de sentimiento y los aprendí de memoria, proponiéndome tomarlos como modelo. Desde este momento las cosas marcharon con mayor facilidad y para el día de la abuela tenía ya preparada una felicitación en doce versos, sólo me restaba el copiarlos sobre papel vitela y esto era precisamente lo que estaba haciendo en la clase, en la mesa grande.

Ya había estropeado dos pliegos de papel, no porque hubiese corregido mis versos, ¡oh, no! ¡eran magníficos! pero al transcribir el tercero observé que las líneas tomaban cierta oblicuidad, que se acentuaba cada vez más en las siguientes, de tal modo, que aun teniendo el pliego lejano, se veía muy bien que había sido escrito de través. El tercer pliego corrió, pues, la misma suerte que los primeros, pero no me desanimé. En mi estrofa me congratulaba con mi abuela deseándole muchos años de salud, y terminaba así: «Trataremos de ser tu consuelo—Y como á nuestra madre te amaremos.»

No estaba mal; pero el último verso me chocaba al oírlo, y repetía en voz baja: «Y como á nuestra madre te amaremos. ¿Qué otra cosa podría poner en vez de madre?... ¡Oh, son de seguro más bonitos que los de Carlos Ivanovitch!»

Escribí el último verso y me fui á mi habitación á leer en voz alta mi estrofa, dándole expresión y acompañando la elocución con los ademanes correspondientes. Mis versos todos eran más ó menos cojos, pero yo no me apuraba por tan poca cosa: el último era el que más me preocupaba. Me senté sobre la cama y me puse á reflexionar.

—¿Por qué he puesto como «á nuestra madre?» Mamá

no está aquí; es inútil mencionarla. Cierto que amo mucho á mi abuela y que le tengo gran respeto, pero no es lo mismo. ¿Por qué lo he hecho así? ¿por qué he mentido? Verdad es que sólo son versos, pero de cualquier modo era inútil.

En aquel momento entró el sastre, que nos traía trajes nuevos.

—¡Tanto peor!—exclamé con despecho, escondiendo mis versos bajo la cabecera, y corrí á probarme el traje que me traía el sastre de Moscou. Era soberbio. Nuestras chaquetas color canela con botones de bronce modelaban nuestro cuerpo admirablemente. No se podían comparar seguramente con las que nos hacían en el campo: los pantalones negros, muy elegantes también, caían de un modo maravilloso sobre nuestras botinas.

—¡Al fin!—pensé,—¡al fin tengo pantalones largos! ¡estos sí que son pantalones de veras!

Estaba loco de alegría y me miraba por todas partes. La verdad era que con mi traje tan precioso me sentía incómodo y me oprimía un poco, pero me guardé mucho de confesarlo. Al contrario declaré que me iba perfectamente, y que si el traje tenía algún defecto, era el de ser demasiado ancho. Me puse á peinarme ante el espejo y empleé mucho tiempo, porque aunque había puesto mucha pomada en mis cabellos, no podía por más que me esforba dar al tupé la forma que me pareció más elegante. Apenas los había frotado con el cepillo cuando se erizaban de nuevo marchándose á un lado y á otro, dándome una expresión extraordinariamente ridícula.

Carlos Ivanovitch se estaba vistiendo en otra habitación y le llevaron un frac azul con la ropa blanca.

Por la puerta que daba á la escalera oí la voz de una camarera de mi abuela y salí al descansillo para preguntarle lo que quería. Llevaba en la mano una camisa muy planchada y almidonada y me contó que no se había acostado aquella noche para que la camisa estuviese prepara-

da á tiempo. Me ofrecí á llevársela yo mismo á Carlos Ivanovitch y pregunté si la abuela se había levantado ya. «¡Que si se ha levantado! ¡Ya hace rato tomó su café y ahora ha recibido de visita al arcipreste! ¡Qué lindo está usted hoy!» añadió con una sonrisa, al mirar mi vestido nuevo.

Esta observación me sonrojó. Giré sobre mis tacones, sacudí con fuerza los dedos y dí un salto. Todos estos movimientos tenían por objeto darle á entender que no sabía aún bien todo lo lindo que era yo.

Cuando entré en la estancia de Yvanovitch con la camisa, era demasiado tarde, dado que ya se había puesto una. Le encontré encorvado ante el espejito que había puesto de plano sobre la mesa y se hacía el lazo de una corbata que él guardaba para las grandes ocasiones. Estaba cerciorándose de que no le estorbaba los movimientos del mentón recién afeitado ó si éste entraba con facilidad en la corbata.

Estiró nuestras chaquetas por delante y por detrás y le rogó á Kolia que hiciese otro tanto con él, y al fin nos llevó ante la abuela. Yo me iba riendo al pensar en el olor á pomada que los tres estábamos esparciendo en torno nuestro.

Carlos Ivanovitch llevaba en la mano una cajita de cartón hecha por él mismo; Volodia su dibujo y yo mis versos. Cada uno de nosotros llevaba sobre la punta de la lengua la felicitación que debía acompañar á su respectivo regalo.

Cuando Carlos Ivanovitch abrió la puerta del salón, el sacerdote ya se había puesto la casulla y comenzaba la plegaria de acción de gracias.

La abuela, toda encorvada, con las manos apoyadas en el respaldo de una silla, rezaba en pie, con gran fervor, junto á la pared. Papá, que estaba cerca de ella, se volvió hacia nosotros y se sonrió al ver como escondíamos precipitadamente nuestros regalos tras la espalda y nos dete-

níamos junto á la puerta con la esperanza de no ser notados. Habíamos estudiado un efecto de sorpresa, pero el efecto fracasó del todo.

Al empezar el desfile, me sentí paralizado de pronto por un exceso de timidez invencible. Comprendí que me faltaría absolutamente el valor necesario para ofrecer mi regalo, y me escondí tras de Carlos Ivanovitch, quien, después de pronunciar un discurso muy florido, pasó la cajita de la mano izquierda á la derecha, y presentándola graciosamente á mi abuela se separó algunos pasos para hacer lugar á Volodia.

A la vista de la caja, recamada de recortes de papel dorado, pareció la abuela extasiada, y manifestó su reconocimiento con una graciosa sonrisa. Y se veía que no sabía donde ponerla, y para desembarazarse de ella se la dió á papá, que debía admirarla. Después de examinarla bien por todos lados, papá la dió al arcipreste, que pareció encontrarla de su gusto, meneando la cabeza y mirando con gran curiosidad ora la caja, ora al artista capaz de ejecutar semejante obra maestra.

Volodia ofreció su turco y recibió por él las más lisonjeras alabanzas. Había llegado mi turno y la abuela se volvió hacia mí con gesto insinuante.

Las personas tímidas saben que la timidez aumenta en razón directa del tiempo, y que el valor disminuye en la misma proporción. En otros términos, cuanto más se prolonga la situación embarazosa, tanto más invencible se hace la timidez y tanto menos valor se tiene.

El escaso atrevimiento que me quedaba se evaporó en el tiempo en que Carlos Ivanovitch y Volodia ofrecían sus regalos, y mi exceso de timidez llegó á su estado más agudo. Me sentía la cara inflamada y me parecía volverme de todos los colores; las orejas me ardían, gruesas gotas de sudor corrían por mi frente, temblaba con todo mi cuerpo y continuaba tambaleándome ora sobre un pie, ora sobre el otro, pero sin avanzar un solo paso.

—Vamos, Nicolásito,—me dijo el papá,—enseñanos lo que traes: ¿es una caja ó un dibujo?

Era preciso inmolarsé; ofrecí á la abuela con mano temblorosa el pliego fatal que había arrugado en medio de mis angustias; pero no me fué posible articular una palabra. Me trastornaba la idea de que la abuela, al recibir mis pésimos versos, los leería en alta voz, de modo que todos sabrían que no amaba á mamá, y que la había olvidado porque prometía amar á la abuela como á mi madre.

Sería absolutamente imposible el dar una idea de las angustias que experimenté cuando la abuela empezó á leer en alta voz. En medio del tercer verso se detuvo, porque no podía descifrar la escritura, y miró á papá con una sonrisa que pareció irónica; luego continuó, pero sin hacer las pausas que yo habría querido; al fin, renunció á la lectura á causa de su mala vista y tendió el pliego al papá, suplicándole que leyese la estrofa comenzando desde el principio.

Yo creí que se había interrumpido porque le fastidiaba leer versos tan feos y escritos tan torcidamente, y se los daba á papá para que leyese para sí los últimos, en donde se demostraba abiertamente mi falta de corazón. Esperaba que me tirasen mi pliego á la cara diciéndome: «Chitnelo depravado, que ha olvidado á su madre... ¡Toma, eso es lo que mereces!» Pero no, nada de esto; por el contrario, cuando el papá hubo concluido, dijo mi abuela: «¡Muy bonitos!» y me besó en la frente.

La caja, el dibujo y los versos fueron depositados sobre la mesita que se encontraba al lado de la poltrona de la abuela; al lado de dos pañuelos de batista y de una tabaquera, sobre la cual estaba el retrato de mamá.

—¡La princesa Bárbara Hinitch!—anunció uno de los dos lacayos que montaban tras la carroza de la abuela.

Esta, absorta en el retrato de mamá y la caja de tabaco, no respondió.

—¿Manda Su Excelencia que las haga entrar?—preguntó el lacayo.

CAPITULO XIII

Las visitas

—Haz que pasen,—dijo mi abuela, acomodándose en el sillón.

La princesa Kornakof era una mujer de cuarenta y cinco años, pequeña, delgada y amarilla, con los cabellos y las cejas rojas, y con dos ojillos verduzcos cuya expresión contrastaba con las diferentes muecas que hacía su boca. Hablaba poco, y siempre como si la contradijesen, aunque nadie pensara en hacerle la oposición.

Por más que besó con gran solicitud la mano de la abuela y que le repetía cariñosamente á cada paso: «Mi querida tía,» noté que mi abuela sentía rencor contra ella, pues fruncía á cada paso las cejas al oírle contar la historia del príncipe Miguel, que habría querido acompañarla y no había podido hacerlo.

—Sé que tiene siempre una infinidad de negocios, y después, ¿qué gusto podría tener en ver á una vieja?—dijo mi abuela, y sin dar á la princesa tiempo para responder, continuó:

—¿Cómo están sus niños, querida mía?

—Se van haciendo unos hombres, estudian mucho; se van haciendo unos pilluelos.

Mi abuela, que no se interesaba por los chicos de la princesa, y que deseaba ensalzar á sus nietos, sacó con precaución mis versos de la caja y desdobló el pliego. La princesa se volvió hacia papá.

—Figúrese usted, primo, que el otro día Esteban creyó...

No entendí lo demás, pero, al terminar, se echó á reír, y mirando á papá con aire de interrogación, dijo:

—Se merecía unos buenos azotes, pero era tan chistoso que se los perdoné.

La princesa miró entonces á la abuela con la misma sonrisa:

—¿Les pega usted, acaso, á sus niños, querida?—le preguntó enarcando las cejas y acentuando las palabras: *¿les pega usted?*

—¡Oh! ya sé, mi buena tía, que no estamos de acuerdo sobre este punto. Yo creo que no se puede sacar nada de los niños sino por el miedo; ¿no es verdad, primo? Y nada les causa tanto miedo como el látigo.

Esta vez fué á nosotros á quien se designó como para interrogarnos, y confieso que no me halagó mucho: «¡Qué felicidad—pensé—de no ser hijo suyo!»

La abuela volvió á plegar los versos y los puso de nuevo en la caja: no juzgó digna á la princesa de leer mi obra.

—Cada uno es dueño de tener sus opiniones,—dijo en tono que cerraba toda discusión sobre este punto.

La princesa calló con aire de condescendencia, y mirándonos con afabilidad, exclamó:

—Vaya, presénteme usted á esos mocitos.

Nosotros nos levantamos sin saber qué hacer, ni de qué modo presentarnos á ella.

—Besad la mano á la princesa,—dijo papá.—Este,—continuó mostrándole mi hermano,—es Volodia, que será un hombre de mundo; y ese es Nicolasito, que será un gran poeta.

Mientras pronunciaba estas palabras, yo besaba la mano demacrada de la princesa, en la que mi imaginación me hacía ver el palo con que azotaba á sus hijos.

—¿Cuál?—preguntó.

—El pequeño de cabellos enmarañados,—dijo papá riendo.

—¿Qué les importan mis cabellos? ¿No podrían hablar de otra cosa?—pensé enfurruñado, y fui á meterme en un rincón.

Tenía ideas muy extrañas sobre la belleza: Carlos Ivanovitch me parecía el hombre más hermoso del universo; bien sabía al mismo tiempo que yo era feo, y toda alusión á mí físico me hería dolorosamente.

Me acuerdo de que un día, durante el almuerzo—tenía entonces seis años—se pusieron á hablar de mi persona. Mamá se esforzaba en descubrir en mí algo bello; decía, por ejemplo, que mis ojos eran muy inteligentes y que mi sonrisa era graciosa, pero al fin, vencida por los argumentos de papá y por la evidencia misma, tuvo que confesar que yo era feo.

Después de almorzar me dió una palmadita en la mejilla, diciéndome: «Acuérdate, Nicolasito, de que nadie te amará nunca por tus cualidades exteriores; procura, pues, ser un buen muchacho y tener mucho talento...»

Aquellas palabras me convencieron de que no era hermoso, si bien llegaría á ser bueno é inteligente.

A pesar de esta certidumbre, tenía á menudo mis momentos de desesperación, porque creía que no podía haber felicidad alguna en este mundo para un hombre con una nariz tan gruesa, con labios tan pronunciados y con ojos tan pequeños. Pedía á Dios que hiciera un milagro y que me hiciera hermoso, declarándome dispuesto á sacrificarlo todo, en el presente y en el porvenir, en cambio de la belleza.

La princesa tuvo que escuchar mis versos. Llenó á su autor de grandes alabanzas, y la abuela se tranquilizó y

la invitó á venir á pasar la noche en casa con sus niños. La princesa se lo prometió, y al cabo de algunos instantes se marchó.

Tanta gente vino á felicitar á mi abuela, que durante todo el día estuvo el patio lleno de coches.

—Buenos días, querida prima,—dijo uno de los visitantes al entrar, y se acercó á besarle la mano.

Era un viejo alto, de setenta años, vestido de uniforme, con descomunales charreteras y una gran condecoración blanca en el pecho. Su fisonomía era abierta y tranquila, y sus ademanes tenían una corrección y una sencillez tales, que me encantaron. Aunque carecía de dientes y era casi calvo, se mantenía aún bello.

El príncipe Ivan Ivanovitch había hecho una carrera rápida y brillante á causa de su aspecto simpático, de su bravura, de su noble carácter y, sobre todo, por la alta posición de su familia, que era rica y poderosa. Su inteligencia no pasaba de mediana, pero era bueno y abrigaba sentimientos elevados. Era uno de los últimos representantes de la educación clásica francesa, de moda en el pasado siglo. Conocía á todos los oradores y filósofos franceses del siglo XVIII, y citaba á Racine, á Corneille, Boileau, Montaigne y Fenelón. Sabía mucho de Mitología, pero de Ciencias y de literatura modernas apenas tenía alguna tintura muy superficial. Hablaba muy bien y con lenguaje muy sencillo; aborrecía la originalidad bajo todos sus aspectos y sabía conducirse muy bien en el gran mundo.

La mayor parte de sus coetáneos habían muerto, y no le quedaban, en verdad, muchas personas que, como mi abuela, tuviesen, á la misma edad, la misma educación y el mismo modo de ver que ella. De aquí venía la grande estimación que profesaba á su anciana amiga, para quien tenía siempre las mayores atenciones.

Yo no me atrevía á fijar los ojos en él; sus grandes cha-

rreretas, el respeto que todos le demostraban, la alegría que manifestó la abuela al verle y el hecho de ser el único que no tenía miedo á mi abuela, pues siempre le hablaba con franqueza, y hasta le llamaba: «mi querida prima,» todo esto me inspiraba una veneración igual, por lo menos, á la que me infundía mi abuela.

Cuando le enseñaron mis versos, me llamó:

—¿Quién sabe? prima; quizás llegará á ser un nuevo Derjavine,—dijo pellizcándome una mejilla con tal fuerza, que á no sospechar que era una caricia, habría gritado; ¡tanto daño me hizo!

Las visitas se marcharon, al fin; papá y Volodia salieron del salón, en donde no quedamos más que el príncipe, mi abuela y yo.

Hubo un momento de silencio.

—¿Por qué no ha venids nuestra querida Natalia Nicolaievna?—preguntó de improviso el príncipe Ivan Ivanovitch.

—¡Ah! querido,—respondió mi abuela, bajando la voz y apoyando su mano sobre la manga del uniforme de su amigo,—probablemente habría venido si fuese dueña de hacer lo que desea. Me ha escrito que Pedro se había ofrecido á acompañarla, pero que ha rehusado porque ha sido muy mal año para el cobro de las rentas. Añade que, además de ésto, no hubiera querido conducir consigo á toda la familia á Moscou, este año á lo menos, que Luibotshka es aún demasiado pequeña, y con respecto á los pequeños me dice que está mucho más tranquila al saber que están en mi casa como si estuviesen en la suya. Todo esto es muy bueno,—continuó la abuela, en tono que quería decir abiertamente todo lo contrario.—¡Hace tanto tiempo que se debía haber traído á los niños aquí, para que aprendiesen algo y se acostumbrasen á saber conducirse en sociedad!

¿Qué clase de educación podía dárselos en el campo? El mayor va á cumplir los trece años, el otro once. Ahora ya

habrá V. observado, querido primo, que son unos verdaderos salvajes, que no saben ni siquiera entrar en un salón.

—No comprendo—respondió el príncipe—estas continuas lamentaciones sobre sus intereses. El posee una buena fortuna y Natalia tiene su Khabarovka—¡cuántas veces hemos jugado juntos allí en nuestros buenos tiempos!—Conozco esa posesión como si fuera mía. Una heredad magnífica que debe dar muy buenas rentas...

—En confianza y como á un verdadero amigo le diré á V. lo cierto—interrumpió mi abuela con expresión de tristeza;—todo esto se me antoja que no es más que una treta imaginada por el marido para estar aquí lejos de ella y poder frecuentar los centros de recreo, las cenas y Dios sabe qué más; y ella no sospecha nada absolutamente. Ya conoce V. aquel carácter angelical que cree cuanto le dicen.

La habrá persuadido de que era necesario traer aquí á los niños como lo hace la princesa Bárbara Ilinitch y lo creería igualmente—dijo mi abuela volviendo la cabeza con gesto de profundo desprecio.—Sí, amigo mío—prosiguió, después de un momento de silencio, tomando de la mesa uno de los dos pañuelos y enjugándose una lágrima.—Siempre me he dicho que es incapaz de comprenderla y de apreciarla en lo que vale y que por más que ella le ame y sea buena para él, no se lo agradece. La pobre trata de ocultarle sus penas—¡oh sí! ¡lo sé muy bien!—pero de cualquier modo no puede ser feliz con él. Acuértese V. de lo que le digo; si él no...

La abuela se cubrió la cara con el pañuelo.

—Vaya, mi buena amiga—le dijo el príncipe en tono de dulce reconvencción—veo que no es V. razonable; se martiriza V. á sí misma y llora siempre á causa de dolores imaginarios.

¿No se avergüenza V.? Hace muchísimo tiempo que

le conozco como marido excelente, bueno, atento, y además de esto, sé que es un hombre honradísimo.

Habiendo asistido involuntariamente á una conversación que no se dirigía á mí, me escurri con mucha cautela. Estaba muy conmovido.

CAPITULO XIV

Los Ivine

¡Volodia! ¡Volodia! ¡Los Ivine!—grité al divisar desde la ventana á tres jovencitos con gabán azul de cuello de castor que cruzaban la carretera delante de nuestra casa precedidos por un elegante y joven preceptor.

Los Ivine eran parientes nuestros y poco más ó menos de nuestra edad; los habíamos conocido después de nuestra llegada á Moscou y ya éramos grandes amigos.

El segundo de los Ivine, Sergio, era moreno y de pelo muy crespo, nariz aguilena y fina, labios muy rojos y frescos que dejaban entrever dientes blancos un poco salientes. Los ojos de un azul oscuro eran magníficos y la expresión del rostro muy atrevida. No se sonreía nunca; ó estaba muy serio ó prorrumpía en una risa sonora muy agradable. Su belleza original me atrajo, desde que le conocí, de un modo irresistible. Me bastaba verle para sentirme contento y todas las fuerzas de mi alma se reconcentraban en desear su compañía. Cuando pasaban tres ó cuatro días

sin verle, comenzaba á aburrirme y me ponía tan triste que me daban ganas de llorar.

Dormido ó desvelado, no pensaba, no soñaba más que con él; por la noche iba á la cama deseando verle entre sueños y cerraba los ojos para percibirlo en mi fantasía tratando de fijar aquella visión querida, la más deliciosa de las alegrías.

No me atrevía á confesar á nadie lo que sentía por él, pues este sentimiento me era demasiado querido. En cuanto á él, sea que le incomodase el ver mis ojos inquietos fijarse siempre en su persona, sea (y esto es lo más probable) que yo no le inspirase la menor simpatía, lo cierto es que prefería jugar y hablar con Volodia más bien que conmigo. Pero yo no deseaba nada y me bastaba verle para estar contento; me encontraba siempre dispuesto á sacrificárselo todo.

El gran atractivo afectuoso que ejercía sobre mí estaba acompañado de otro sentimiento no menos violento: el temor de causarle algún mal ó de ofenderle de cualquier modo ó de desagradarle. Quizá era este un efecto de la expresión altanera de su fisonomía, quizá del juicio exagerado que yo me hacía de la belleza ajena, mortificado por mi fealdad; quizá (y es lo más admisible) era la expresión incontrastable del afecto. De cualquier modo que fuera, el temor en mí era igual á la ternura.

La primera vez que Sergio me dirigió la palabra, me quedé tan atolondrado de esta felicidad inesperada que me puse pálido y después colorado, sin acertar á abrir la boca.

Tenía yo la mala costumbre, en mis instantes de reflexión, de mirar fijamente en un punto determinado parpadeando rápidamente y haciendo mohines con las alas de la nariz y con las cejas. Todos eran de opinión que estos gestos le sentaban mal, todos menos yo á quien aquel *tic* parecía tan gracioso que, involuntariamente, empecé á imitarlo, por lo que algunos días después de nuestro pri-

mer encuentro con los Ivine, me preguntó la abuela si tenía malos los ojos ó porque parpadeaba como un molucho.

Jamás medió una palabra afectuosa entre nosotros; sentía sin duda el poder que ejercía sobre mí y lo desplegaba inconsciente y tiránicamente. Por mi parte, á pesar de mis deseos de decir cuanto tenía en mi corazón, le temía demasiado para hablarle; procuraba aparecer indiferente y me sometía con resignación.

Su dominación me parecía á veces pesada, insoportable, pero no me sentía capaz de sacudirla.

No puedo menos de pensar con tristeza en aquellos sentimientos frescos y puros y en aquella ternura profunda y desinteresada que murió sin haber tenido eco.

¡Cosa extraña! cuando era niño trataba de asemejarme á los *grandes* y cuando fui *grande* tuve á menudo deseos de parecerme á los pequeños.

¡Cuántas veces, en mis relaciones con Sergio, el temor de parecer un niño me impulsó á obrar contra mis propios sentimientos y me hizo hipócrita! No solamente me faltaba valor para abrazarle, aunque á veces tenía un loco deseo de hacerlo, sino que ni aún me atrevía á darle la mano ni á decirle que estaba contento al verle, ni aún á llamarle por su diminutivo afectuoso de Serguccio y lo llamaba siempre Sergio. Toda demostración de sensibilidad nos parecía una niñería. Aún no habíamos estado expuestos á la amarga experiencia que hace á los hombres prudentes y reservados en sus relaciones y nos privábamos de las alegrías inocentes, de las suaves amistades de la infancia, únicamente por el dudoso placer de imitar á los *grandes*.

Salí corriendo hasta la antecámara á recibir á los Ivine, les saludé y me precipité al gabinete de mi abuela para anunciarle su llegada con impetu y entusiasmo extraordinarios como si su venida hubiese de hacer á la abuela profundamente feliz. Los seguí después al salón sin de-
dejar

de mirar á Sergio, sin perder ni siquiera uno de sus movimientos.

Cuando mi abuela fijó en él sus ojos penetrantes y le dijo que estaba muy crecido, experimenté aquella mezcla de temor y de esperanza que tiene un artista cuya obra se somete á un juez de valía que ha de emitir su veredicto sobre ella.

Nos fuimos á jugar. Sergio echó á correr, se cayó y su rodilla chocó tan fuerte contra el suelo que yo creí se la hubiese roto; pues bien, no solo no lloró, sino que se puso á jugar como si no hubiese ocurrido nada. No podría decir el efecto que produjo en mí este heroísmo. Poco después se me presentó otra ocasión de admirar más aún su valor y la firmeza extraordinaria de su carácter.

Había venido á jugar con nosotros también Iline Grapp, que era hijo de un extranjero pobre á quien mi abuelo había hecho tiempo atrás algunos servicios y que ahora se creía obligado á mandarnos frecuentemente á su hijo. Si creía que su hijo podía encontrar en nuestra compañía honor ó placer, se engañaba de veras. No solamente no nos mostrábamos tiernos con Iline Grapp, sino que nunca nos ocupábamos de él mas que para burlarnos á su costa. Tenía trece años; era alto, delgado y pálido, con una cara fea de pájaro, de expresión buena y humilde. Sus vestidos eran más que usados y se ponía siempre tanta pomada en la cabeza, que, según nosotros, en los días de sol se derretía corriéndole por el cuello. Cuando ahora pienso en Grapp digo entre mí que era un buen muchacho dulce y servicial; entonces en cambio me hacía el efecto de uno de esos seres despreciables que no merecen que se les compe-
deza ó que uno se ocupe de ellos.

Comenzamos á hacer diversos ejercicios gimnásticos. Iline nos miraba con sonrisa de tímida admiración y siempre que le proponíamos que nos imitase, rehusaba diciendo que no tenía fuerzas. En una de estas negativas se le acercó Sergio.

—¿Por qué no quieres hacer nada? ¡Qué marica!... Es preciso ponerle con la cabeza baja y las piernas al aire.

Sergio lo cogió por un brazo.

—Sí, sí—gritamos todos, rodeando á Iline, que se asustó y se puso muy pálido.

—¡Soltadme! ¡me vais á rasgar el traje!—gritó la pobre víctima.

Sus gritos no hicieron más que excitar nuestro deseo. Nos descoyuntábamos de risa, mientras que los vestidos de Iline se rompían por las costuras. Le pusimos de cabeza abajo, lo agarramos por sus mezuquinas piernas y lo levantamos en el aire.

De repente nuestras risas ruidosas cesaron, y siguió un silencio tan profundo, que se sentía la respiración fatigosa del desgraciado Grapp. En aquel momento no tenía yo seguridad alguna de su ridiculez. Le dejamos caer al suelo y todo lo que pudo decir llorando fué: «¿Por qué me atormentáis?»

Cuando vimos aquella cara afligida, hinchada á puro llorar, aquellos cabellos desgreñados, aquellos pantalones tan cortos que dejaban al descubierto las cañas de las botinas sucias y destrozadas, experimentamos cierto malestar y nos callamos mirándonos con risa forzada.

Sergio, á quien Iline en la lucha había dado un puntapié en el ojo, fué el primero en recobrar su aplomo.

—¡Anda, marica! ¡vaya un pingajo!—dijo dándole con el pié.—No se puede bromear con él.

—¡Eres muy malo!—dijo Iline sollozando.

—¡Ah! ¡después de haberme dado una patada todavía se queja!—gritó Sergio tomando un diccionario y tirándolo á la cabeza.—Toma, ¡atrapa eso!

Miré con compasión al pobrecillo tendido aún en tierra. Se tapaba la cara con las manos y lloraba con tal fuerza, que se habría dicho que iba á expirar en una convulsión.

—¡Oh! ¡Sergio!—le dije.—¿Por qué le has hecho daño?

—¡Está muy bien!... ¿he llorado yo acaso cuando me he caído, y creí que me había roto la pierna?

—Es verdad,—pensé,—Grapp no es más que un llorón; Sergio sí que es un valiente; ¡es muy valiente!

No comprendí que la pobre criatura no lloraba tanto por el dolor físico como por que los cinco chicos á quienes quizá él quería se unían, sin razón alguna, para odiarle y atormentarle.

Aun hoy no me explico mi crueldad en aquella circunstancia. ¿Por qué no me uní con él? ¿por qué no le defendí?

¿Por qué no lo consolé? ¿Qué se había hecho de aquella piedad que me arrancaba ardientes lágrimas al ver á un pajarillo caído del nido ó á un perrito recién nacido, que se lo llevaban para arrojarlo al agua, ó un pollo de quien se apoderaba el pinche de la cocina para degollarlo?

¿Estaba aniquilado en mí el hermoso sentimiento de la piedad, sofocado por la pasión que me inspiraba Sergio ó por el deseo de mostrarme tan insensible como él? ¡Triste pasión y triste deseo! A ellos debo las únicas manchas que expongo en estas páginas en que trascribo mis memorias de la infancia.

CAPITULO XV

La llegada de los invitados

Por la noche esperábamos á mucha gente; era fácil notarlo por la febril actividad que reinaba entre la servidumbre, por la brillante iluminación que daba una fiso-